

por un chapitel achaparrado y de sección conopial con remates de bolas. — Supongo que te interesará muy poco saber las vicisitudes por que pasaron en su condición social los habitantes de este otro pueblo de la Berrueza: si fueron ó no siempre realengos; si pagaban ó no pechas al altivo señor cuyo palacio aún subsiste; y si llevaron ó no con indiferencia el haberles hecho D. Juan III y D.^a Catalina, en 1511, tributarios del mariscal D. Pedro de Navarra. Lo que yo no puedo olvidar es, que á pesar del aspecto de grandeza que dan á este lugar su mencionada iglesia y la alegre galería á la italiana que descuella en la majestuosa fachada del palacio de Montehermoso, hoy del conde de Ezpeleta, ayer del conde de Río-Cabado, que por él gozaba asiento en Cortes; á pesar de tal grandiosidad, repito, no encontré en Acedo nada con qué poder matar el hambre. En mi rápida visita al interior de la gran casa condal, donde, como emblema de la decadente aristocracia antigua, hasta la regia escalinata parece desnivelada, nada llamó mi atención; unos modestos escritorios del siglo XVII y una estatuilla barroca de la Concepción, que hubo de pertenecer á la desmantelada capilla, son hoy los únicos objetos que nos hablan allí de la poco brillante vida señorial de la nobleza navarra en la pasada centuria.

No aseguraré que carezcan en absoluto de curiosidades artísticas ó históricas los pueblos de los valles de Ega y de Allín que tenemos que atravesar, ó dejar á una y otra mano, para dirigirnos á Zubielqui; desde donde emprenderemos una nueva excursión de grande interés.—ANCÍN nos dice que los últimos reyes independientes de Navarra, D. Juan Labrit y D.^a Catalina, cedieron sus pechas al mariscal D. Pedro de Navarra, favorecido con igual merced en Acedo; MENDILIBERRI, por su parte, nos brinda con su parroquia de *San Andrés*; OCO, hacia la derecha, camino de Urbiola, con su templo y reliquia de *San Bartolomé*, por la cual aspiró un tiempo á ser el San Gregorio Ostiense del valle de Ega; MURIETA, con su parroquia de *San Esteban*; ZU-

FIA, con su iglesia de *San Miguel* y sus ermitas de *Santa María la Blanca* y *San Adrián*; ARVEIZA, con su iglesia de *San Martín*, donde el pueblo devoto venera desde tiempo inmemorial una santa imagen de *Nuestra Señora*, que es como el Paladión de la comarca contra las públicas calamidades, y además con sus antiguas ermitas de *San Juan Bautista* y de los santos *Hemerterio* y *Celedonio*; ZUBIELQUI, por último, con su iglesia parroquial de *la Asunción* y su célebre ermita de *Santa Polonia*. Pero ¿nos es dado por ventura escudriñar las bellezas artísticas y los recuerdos históricos de todos los pueblos de Navarra, uno por uno? Otros viajeros recogerán lo mucho que nosotros con gran sentimiento dejamos inexplorado. — Seguimos, pues, un corto trecho, la carretera que guía de Zubielqui á Estella, no para volver á la famosa ciudad que baña el Ega, sino para tomar á la izquierda el camino que se dirige al norte, por entre la Amescoa baja y la sierra de Andía, á unirse con la carretera de Alsasua á Pamplona.

Entramos en el ameno y pintoresco valle de Yerri: tenemos en BEARÍN un verdadero país de abanico, en amena pendiente, con un monte encinal inmediato y el río soltando á poca distancia su cinta de plata; rodean su reducido caserío alegres huertos, y álzase sobre él el campanario de su humilde iglesia, dedicada á *la Invención del protomártir San Esteban*.

MURU. El templo de *la Natividad de Nuestra Señora* es la única obra artística de éste más que pueblo, pequeño caserío, que á principios del siglo actual sólo contaba con un vecino, y al cual ha dado triste celebridad un lamentable episodio de la última campaña del primer Marqués del Duero en Navarra. De todos conocido el infausto suceso que en 1874 frustró momentáneamente el plan estratégico combinado por aquel hábil general para tomar á Estella y acabar de un golpe con la facción carlista en su núcleo, no nos detendremos á referir cuál era la situación en que se hallaban los dos ejércitos contrarios cuando don Manuel Gutiérrez de la Concha fué herido en Montemuru. Re-

cordaremos solamente que el bizarro general en jefe de las tropas del Gobierno legítimo cayó atravesado de un balazo en el momento de montar á caballo para estimular á sus soldados á tomar el caserío que se descubre en lo alto de la montaña desde la carretera que va de Muru á Abárzuza. Debió de suceder esto en la subida misma al caserío, á pocos pasos de la carretera, porque allí se levanta hoy el monumento que el Capitán general del Ejército del Norte, D. Genaro Quesada, erigió para perpetuar la memoria de aquella gloriosa muerte. El monumento en sí vale muy poco, aunque el hecho que perpetúa fué de la mayor importancia en un momento en que convenía dar el ejemplo de cómo se sacrifica la vida por la patria. Compónese de un zócalo de piedra de sillería, sobre el cual se levanta un pedestal de mármol negro, que lleva en una de sus caras una inscripción alegórica en caracteres dorados; en otra, en bajo-relieve de mármol blanco, el busto del Marqués del Duero orlado con ramas de laurel y adormidera; y en los lados opuestos, las armas de la familia de Concha, algunos trofeos militares, y un lema que dice: *un buen morir dura toda la vida*; y sobre este pedestal se alzó una columna truncada de mármol blanco: rodeando el conjunto del monumento una verja de hierro de pésimo gusto.

Sabido es que el general D. Manuel Gutiérrez de la Concha no murió en el paraje donde cayó herido: llevaronle los suyos al lugar de Abárzuza, instalándole en casa de su alcalde el acaudalado labrador D. Atanasio Munárriz, cuya familia se prestó gustosa á prodigarle toda clase de socorros. Mientras unos jefes dirigían la retirada de las tropas, en frente de los carlistas envalentonados por el gran revés que acababa de sufrir el ejército del Gobierno, otros acudieron solícitos en torno de su General en Jefe: un distinguido médico pamplonés, D. Narciso Landa (1), que casualmente se hallaba en el Cuartel-general del Marqués

(1) El distinguido escritor y anticuario de quien hemos tenido el gusto de citar notables producciones en nuestro tomo I.

del Duero, fué llamado á asistir al ilustre doliente; hallábase éste moribundo y sin señales de vida, tanto que casi todos le tenían por muerto. Sondó su herida el experto profesor; dió algunas gotas de sangre, que la familia de Munárriz conserva con religioso esmero en el ladrillo donde cayeron, que del pavimento de que formaba parte ha pasado á ser un cuadro con su marco y cristal en la pared de su sala; y de allí á poco, siendo inútiles cuantos medios se pusieron por obra para restituir la vida al noble guerrero, entregó éste su espíritu al Creador, después de administrarle los últimos Sacramentos el digno Abad de Abárzuza, D. Nicasio Ochoa, y dejando á todos sumidos en hondo duelo.

ABÁRZUZA. Para apreciar lo que hay de grata y amable cultura en algunos pueblecillos donde á primera vista todo parece llevar la huella de un atraso repulsivo, es menester vivir siquiera veinticuatro horas en algún lugar como éste, en trato no estudiado y sencillo con un cura como D. Nicasio Ochoa, y con un alcalde como D. Atanasio Munárriz. Voy á ver si consigo, ya que no retratar fielmente al primero, pues fué hartó fugaz el tiempo que logré tener el modelo delante, perfilarlo al menos, para que sepa mi lector quién es el cura de Abárzuza. Este amable sacerdote—*curita* quisiera llamarle por la pequeñez de su persona, si en su espíritu no fuese un gigante—es el San Eulogio del valle de Yerri: activo, celoso del bien, amante de las letras, de las artes y de las antigüedades, pulcro, ingenuo, jovial, y al propio tiempo sesudo y grave en las cosas de su sagrado ministerio, es el tipo perfecto del párroco de nuestro siglo, que hace la religión y la virtud amables y sazona con la sal de la sabiduría cristiana, sencillamente y sin apresto, todas sus palabras y acciones. Su vivienda es cómoda sin lujo, espaciosa sin ostentación, con huerto que le da sabrosa fruta y jardín que le regala con sus flores. Tiene hermano y hermana, con quienes vive en amorosa compañía: el hermano, digno sacerdote también, es su consejero y su administrador; su hermana es la ama de llaves,

la que cuida de la despensa, del jardín y del huerto, y la que pone en todo los perfiles de una modesta elegancia. Él, D. Nicasio, dará con naturalidad y sin énfasis, al pobre, su bolsillo; al huésped, buena mesa y buena cama; al penitente, saludable consejo. Cuando predica, ya en su iglesia de *la Asunción*, ya en las peregrinaciones de aniversario que hacen los devotos de Abárzuza á los santuarios comarcanos, en las que, cual otro Pedro el Ermitaño, organiza las procesiones y camina al frente de ellas, el pueblo congregado al pié de su púlpito recibe del infatigable evangelizador la sana doctrina, nunca contaminada con extrañas y disonantes excitaciones. En tales casos, la hacendosa hermana le asiste para que nada falte en los estandartes y escudetes que tremolan las filas de la cristiana milicia, y quizá el sagrado monograma de MARÍA recamado en la enseña que marcha á la cabeza, será obra de sus manos. — Gusta del trato de los hombres de saber y seso, y no esquiva el de los humildes ignorantes, ni el honesto recreo en los ratos de descanso, siempre para él pocos. Es amante de la música: se trae á su casa al organista de la parroquia y le pone cubierto en su mesa, quizá con la mal disimulada intención de que toque el piano mientras viene de la cocina la sopera, y aun después de levantados los manteles. Pero nada le agrada tanto como la arquitectura y la arqueología, y renunciaría la mitra de Pamplona, si se la ofrecieran, por poder realizar en la iglesia de su lugar las reformas que anhela... y que harto necesita.

Porque has de saber, lector amado, que la parroquia de *la Asunción* de Abárzuza es un templo muy susceptible de una ventajosa transformación. No será fácil, en verdad, darle al occidente la fachada de que carece: una enorme y maciza torre, por debajo de la cual pasa la vía pública, tapa completamente su hastial, y aquella mole no puede ser removida. Su entrada está al mediodía, por un pórtico greco-romano vulgar é insignificante, y la portada remeda en su disposición general el estilo gótico, pero sin accidente alguno decorativo de la arquitectura que as-

pira á recordar. Entrás por esta portada á una espaciosa nave, cubierta con bóveda de crucería dividida en cuatro tramos, sostenida en columnas de forma sencilla del siglo xv; pero está lastimosamente revestido de papel de color de feo ramaje todo el presbiterio, y ridículamente pintarrajeados los cuatro tramos de la bóveda y las columnas, y hasta el zócalo, en el cual han tenido el raro capricho de figurar, sin duda como construcción noble y selecta, una obra de tosca mampostería. Con razón, pues, se lamenta el celoso párroco de que una iglesia que podía ofrecer un interior razonado y bello, ya que no magnífico, presente hoy un aspecto grotesco, artísticamente considerado; y con igual razón suspira por echar abajo la absurda decoración de papel y de mala pintura al temple, con que en el siglo pasado se profanaron la mayor parte de las iglesias de esta región de Navarra, y sustituirla con otra más adecuada al carácter del edificio. — Nada llamó nuestra atención, como cosa de mérito artístico, en los altares y retablos de esta iglesia; pero se conserva entre sus alhajas una que verdaderamente merece el nombre de tal como objeto arqueológico. Es una arqueta ó cofrecillo de trabajo bizantino, cuyo estudio ofrece grande interés para la historia de la orfebrería y de la esmaltación en la Edad-media. No logré verlo, por no recuerdo qué causa, pero aquí lo tenemos fotografiado, y parece que todo en este curioso objeto del antiguo mobiliario religioso, es á saber, su repartición en rectángulos, los filetes floreados que los limitan, las chapas de metal rudamente cincelado y realizado con chatones de forma imperfecta, y por último las figuras de santos, de relieve y sobrepuestas, de grandes cabezas y vestiduras plegadas con bárbara simplicidad, todo nos habla de un arte occidental formado bajo la imitación ó las enseñanzas de un arte bizantino menos incorrecto ó más maduro, pero que podría tal vez atribuirse al siglo xi.

De Abárzuza al arruinado monasterio de Iranzu hay un paseo; pero mi cura y el amable alcalde determinan que vaya yo en el soberbio macho tordo de este último, y ya está en marcha

la improvisada caravana. No hay excursión más pintoresca en toda esta tierra: va el camino pasando de una á otra orilla del río Iranzu, corriente arriba, y ésta con tan poca agua, que con frecuencia permite andar por las peñas de su lecho y hollando sus juncales: y la corriente y el camino van por una imponente pero amena garganta formada por dos barreras de gigantescos



ABÁRZUZA.—ARQUILLA

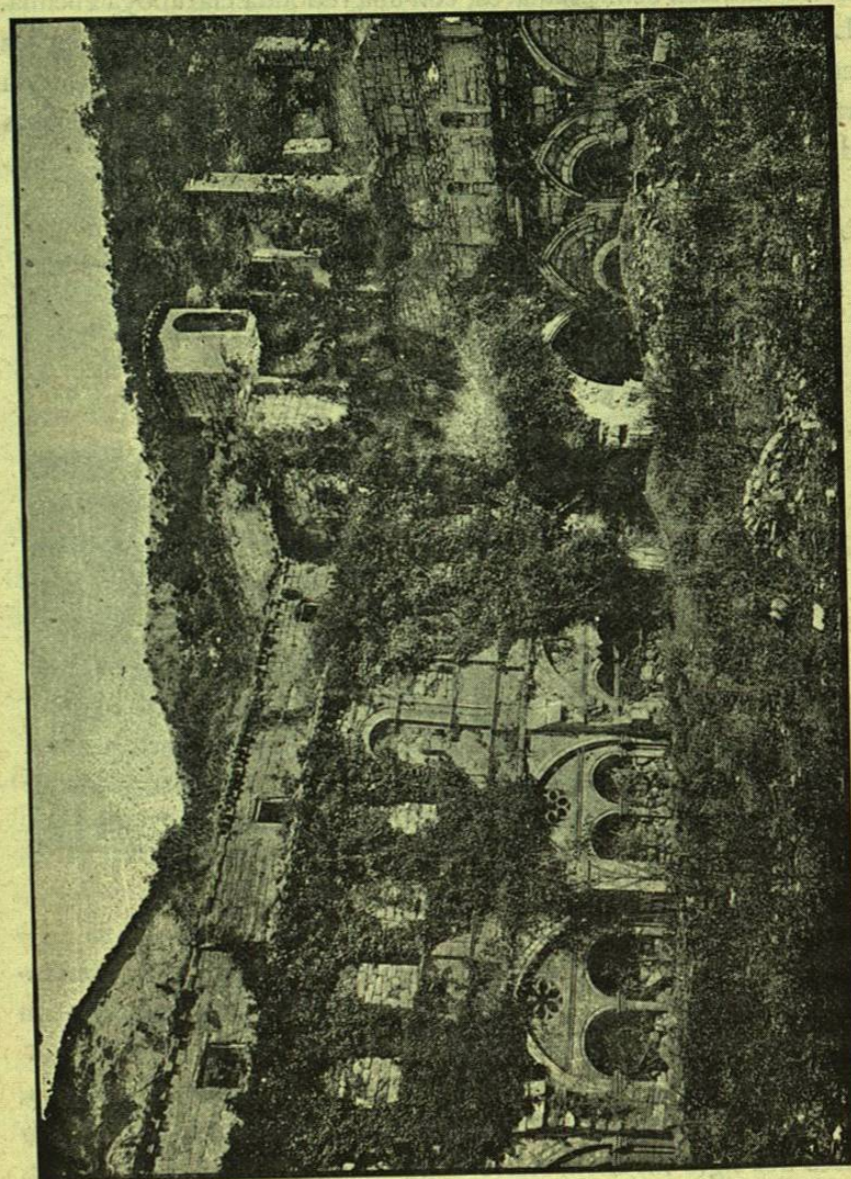
peñascos, cubiertos de seculares bosques de encinas y nogales; avanzando de trecho en trecho, y como próximas á desgajarse, enormes rocas de formas caprichosas y fantásticas, desnudas de toda vegetación. D. Atanasio y D. Nicasio, á quienes es ya familiar tan grandiosa escenografía, marchan entretenidos hablando de asuntos del pueblo; yó que me extasíó ante la majestad de tan inesperado espectáculo, no aparto la vista ni el pensamiento de aquellas incomparables barreras de peña viva, que me traen á la memoria las encantadoras quebradas de Tívoli y



IRANZU.—ENTRADA AL MONASTERIO

de la Ariccia, y ellos charlando, y yo silencioso y meditabundo, ellos salvando charcos y carrizales, y yo abandonado al seguro andar de mi canonical cabalgadura, damos vista á la descalabrada mole del antiguo monasterio cisterciense; el cual se levanta, con una gran explanada al frente, donde la historiada cruz de piedra y la áncha calzada señalan el ingreso á la feudal mansión monástica, en un extenso recodo de los montes y altas peñas que por todas partes le rodean.

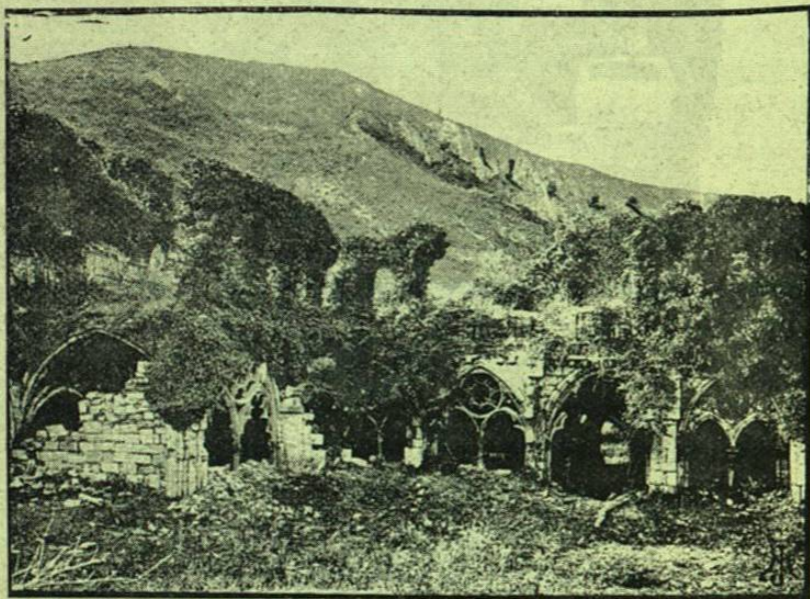
La entrada al famoso monasterio es un inmenso arco, tan levemente apuntado, que parece á primera vista semicircular. Sobre él hay una ventana de medio punto, de sencilla y elegante forma. Pasado el arco, te encuentras en un gran patio, en cuyo fondo se levanta, medio cubierta con su manto de hiedra, una puerta que te conduce no sé adónde, y luego al claustro, ya casi derruido. El aspecto de esta gran ruina te hiela el corazón y te puebla la mente de mil fantásticas visiones. La hiedra ha invadido casi toda la parte alta, que era de construcción de ladrillo, relativamente moderna; de manera que cubriendo hoy con sus majestuosos cortinajes y pabellones lo menos antiguo y venerando de la extensa fábrica, el conjunto que hoy se ofrece al que contempla aquella escena de destrucción, es sobremanera grandioso y penetra el alma de horror sublime.—La parte baja es interesantísima; adviértense en ella dos épocas, la románica y la ojival: aquella bien marcada en toda la banda ó galería del norte, y en una gran parte de la de poniente, hasta la puerta de entrada á este claustro; y la ojival bien visible en la parte restante de esta misma galería de poniente, y en lo que queda en pié de la galería de mediodía, que es próximamente una mitad. La banda del Este yace toda derribada y hecha escombros, y en los fragmentos de sus arcos, medio sepultados en la tierra y medio cubiertos por la maleza, que crece á sus anchas pujante en aquel húmedo patio, se notan trozos de delicada crestería del siglo XIII. La parte románica en las bandas de norte y poniente, ofrece gran sencillez:



NAVARRA

IRANZU.—CLAUSTRO DEL MONASTERIO

los arcos, todos de medio-punto, llevan inscrito un ajimez de arcos también semicirculares, con una redonda claraboya encima. La parte de gótico primario presenta arcos apuntados en los cuales van inscritos los ajimeces ojivales, exornados con crestería radial de gran pureza de trazo. La obra románica parece toda del siglo XII y es manifiesta en ella la influencia del estilo senci-



IRANZU.—CLAUSTRO DEL MONASTERIO

llo y sobrio del Cister, porque entre todos los capiteles, esmeradamente examinados, sólo hemos encontrado uno iconístico, con dos figuras en pie junto á un altar, siendo los otros mero compuesto de elegantes hojas y lazos de carácter oriental. ¿Subsistirá en este claustro algo de la obra anterior al siglo XII? ¿Hubo antes del siglo XII monasterio benedictino en Iranzu?

Entre las varias concesiones que hizo á la iglesia de Santa María de Pamplona el rey D. Sancho *el Mayor* á principios del siglo XI (año 1027), con el propósito generoso de restituírle los

bienes de que la habían despojado *hombres perversos*, fué una el lugar de Abárzuza con su iglesia y su monasterio que se dice de Iranzu, con sus diezmos en Urranci y en Legarda y cuanto le pertenece (1). Este monasterio fué quizá una de las más antiguas abadías benedictinas de España. La orden de San Benito fué tan fecunda, que desde su instalación hasta el concilio de Constantza del año 1005, fundó más de quince mil y setenta abadías, dando á la Iglesia veinticuatro papas, doscientos cardenales, cuatrocientos arzobispos y siete mil obispos.—Créese que nuestro monasterio en aquella remota época llevaba la advocación de *San Adrián*, y que llegó á una completa decadencia en el siglo XII, cabalmente cuando empezaba á florecer en nuestras comarcas del norte la austera religión del Cister. De sus vicisitudes en el tiempo en que aquel rey D. Sancho favorecía la reforma cluniacense, no hay quien nos informe: todo hace sospechar que nuestro monasterio de San Adrián vino á gran relajación, dado que estaba *acabado y desierto* en 1176.

Era obispo de Pamplona por estos años el ilustrado y animoso D. Pedro de Artajona, á quien llamaban sus coetáneos D. Pedro de París por haberse educado y hecho sus estudios en la capital de la vecina Francia, floreciente á la sazón en todo género de artes y disciplinas. Este gran prelado, digno consultor de un gran monarca—D. Sancho *el Sabio*—y poderoso por su merecida privanza, era lo que llamaríamos hoy un *afrancesado*, en el sentido en que lo fueron D. Sancho el Mayor de Navarra, D. Alfonso VI de Castilla, y otros muchos monarcas apreciadores de los grandes servicios que la orden benedictina prestaba á la Iglesia y á la civilización del Occidente. Le hemos visto, parcial con los francos en contra de los vascones, á quienes sin duda estima como de raza inferior, aconsejar á los pobladores del Burgo de San Cernín, sostenido por el rey *Sabio* (2),

(1) *Anal.*, Lib. XII, c. IV, § II; y Yanguas, *Diccionario de Antigüedades*, artículo «Pamplona», pág. 506.

(2) Tomo II, cap. XVII, p. 204.